

EL HOMBRE EN EL PARAÍSO

«Tomó, pues, Yavé Dios al hombre, y le puso en el Jardín de Edén para que lo cultivase y guardase, y le dio este mandato: “De todos los árboles del Paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”».

“Paraíso” quiere significar algo interior, una realidad más bien espiritual; simboliza aquel estado a que fue elevada el alma humana, al ser elevado el Hombre al orden sobrenatural. Ese Paraíso lo llevaba el hombre en sí mismo, en su alma, donde debía reinar Dios mediante la obediencia del hombre a la Voluntad Divina⁸.

El “árbol de la ciencia del bien y del mal” es la prueba de obediencia para el hombre, quien rechazaría o aceptaría la intervención del ángel, Lucifer, en su estado de alma inmortal. Sería el “campo” donde Dios, le permitía penetrar a Lucifer para tentar al hombre. Era la Justicia del Creador con sus criaturas libres: ángel y hombre. En definitiva, la prueba era para el ángel más que para el hombre; el ángel consumaba su poder de elección, en el hombre se iniciaba.

El “árbol de la ciencia del bien y del mal” simboliza la vida natural del hombre, los sentidos, el instinto y la razón, que estaba vulnerada por la orientación egocéntrica angélica, donde había bien y mal, bien y mal que procedía de la acción egoísta de los ángeles, afirmada por el ángel caído, de lo cual hemos hablado en el Capítulo I, en la explicación del Grabado de los ángeles, n° 2.

“Jardín de Edén” es la realidad material, consecuencia de aquella espiritual: cualquier sitio en tierra que Dios preparó para el hombre que llevaba su “imagen y semejanza”.

Esta realidad material en la Obra de Dios es siempre “figura” de aquella realidad espiritual es eterna, duradera; la figura pasa como el tiempo, pero lo verdaderamente real, que es lo espiritual, permanece. Podemos decir que la material es la “sombra” de la espiritual y va cambiando de forma, a medida que ésta avanza hacia Dios. Cuando el hombre se detiene en sí mismo, se apega a esa “figura” que le da Dios, se queda estacionado en la sombra que está bajo el poder del “espíritu del mundo”, acción del ángel, mientras la Obra de Dios sigue su camino, como está decretado en Él y por Él. Y los hombres que caminan hacia Él por el desapego de sí mismos y de la materia, caminan bajo la sombra que cambia, y que es movida por Aquel que la proyecta, el mismo Dios. Un nuevo “Jardín de Edén”, hoy, no sería exactamente igual a aquél, pero el “Paraíso”, la vida interior, sí sería el mismo: el estado de máxima felicidad, aunque no podemos decir que Adán hubiera llegado al estado “máximo” de felicidad, la plenitud que dará la unidad consumada, estado a que llegará el hombre después de la redención de su cuerpo, cuando esté confirmado *en gloria: en alma y cuerpo*, como Jesucristo. Este es el estado de plenitud en Dios,

(pp. 80-82)

TENTACIÓN Y CAÍDA DEL HOMBRE

Es muy fácil echarle las culpas a Adán y a Eva cuando sentimos en nuestro cuerpo las consecuencias del pecado original. Pero si meditamos profundamente con esta nueva luz que tenemos de nuestra “evolución natural”, influenciados por el mal, nos daremos cuenta de que Adán no estaba en mejores condiciones que nosotros después que hemos recibido a Cristo por la Redención de la culpa original, pecado del primer hombre. Todo ser humano, por el “bautismo de penitencia”: la renuncia al demonio, al mundo y sus pompas,

etc., para entrar en la negación propia, y dar paso a Cristo, el Camino, vuelve a aquel momento de la prueba en que se encontró Adán en el Paraíso y, como Adán, recibe la tentación y puede caer en la desobediencia aceptando de nuevo el espíritu del mal, “espíritu del mudo” y sus concupiscencias.

Jesucristo es el “nuevo Adán” quien, por su *obediencia* a la Voluntad del Padre nos introduce en el Paraíso por el bautismo, negación al “espíritu mundo”. Pero, como Adán, quedarnos libres para ser sometidos a la prueba de obediencia antes de ser confirmados en gracia. Es la perfecta justicia del Creador en la libre elección de sus criaturas. Si el hombre desobedece a aquello mandado por Dios en su conciencia, acepta la tentación y debe participar en la lucha entre el Bien y el Mal.

(pp. 105-106)

ACTUALIDAD DE LA BIBLIA

Por eso debemos meditar con *espíritu de reparación* las Sagradas Escrituras tomando el ejemplo de nuestros antepasados, porque el mismo camino que recorrieron ellos debemos recorrer nosotros. Cambian las circunstancias de la época: costumbres, civilización y nivel espiritual de la Humanidad, pero el sentido de la vida es el mismo.

Como para la ley civil el ser humano es responsable cuando llega a la mayoría de edad y puede asumir la responsabilidad de sus actos; así ante Dios la historia de cada persona comienza desde el momento en que por su evolución puede tomar conciencia de sus actos en su vida diaria, responsabilizándose de ellos, asumiendo sus consecuencias, sin tomar en cuenta su edad, como lo vemos en la Historia Sagrada, por ejemplo en la Biblia, historia que comienza con el Génesis y termina con el Apocalipsis de San Juan; en ella están ejemplarizadas todas

“las historias” de la Humanidad, historia que se prolonga a través del tiempo y las generaciones; pueden cambiar los nombres, la forma y la técnica, pero su sentido es el mismo para Dios. En la Historia Sagrada podemos encontrar no sólo la historia de los pueblos, sino la historia de cada hombre.

No ha dejado de existir una porción “elegida” de Yavé, que representa al pueblo de Dios, son aquellas personas que actuando con rectitud de conciencia, obedeciendo su “voz”, Le son fieles. Tampoco ha faltado “Egipto” y “el Faraón” que oprimen a ese pueblo, por permisión divina, para expiar sus pecados, son aquellas personas que se desentienden de su conciencia para actuar por conveniencia egocéntricamente perjudicando a otros. Ni ha faltado un “Moisés” que esté dispuesto a sacarlos de la esclavitud de “Egipto” y dirigirlos por el “desierto” hacia la “Tierra Prometida”, son aquellas personas que, negándose a sí mismas, conscientemente se ponen al servicio de Dios cumpliendo Su Voluntad, y son instrumentos de Dios para liberar a Su “pueblo” de la esclavitud del yo, representado éste en Egipto.

Tampoco han faltado los que se han hecho en el camino del “desierto” su “becerro de oro”; ni los que habiendo prevaricado contra Dios han recibido en Justicia su castigo muriendo en el desierto sin llegar a la “Tierra Prometida”, son aquellas personas que han confiado más en la criatura que en Dios o que yendo contra su conciencia han actuado por conveniencia deteniéndose o afirmándose en sí mismos.

“Jerusalén” y “Sion” no han dejado de existir, como tampoco “Israel”, el amado de Dios, y sus doce Tribus; lo mismo que el “amorreo”, el “jeteo”, el “jebuseo”, el “canaano”, etc. “Sodoma y Gomorra” perviven todavía, aunque hayan cambiado de nombre, y la sentencia de Dios está sobre ellos para ser exterminados a su tiempo.

“Babilonia”, “Asiría”, “Moab”, “Edom”, “Sámara”, “Tiro”, etc., son nombres que representan “pueblos”, almas

que participan del mismo espíritu, que dominaba a aquellos pueblos entonces, y para éstos son también los vaticinios de los profetas. Tanto las “Maldiciones” para los impíos como las “Bendiciones” para los justos se prolongan a través de generaciones. Todo acto realizado por el ser humano, no conscientemente es una energía o acción angelical que se reactiva en el ser humano y ésta permanece, en este mundo hasta el final de los tiempos, cuando se realice el Juicio Final, Universal. Ésa energía permanece “entificada” por el ser humano que la aceptó, pues él con su acción personal le da “ser” a esa energía angélica, constituyéndose ésta en “energía humana” o espíritu.

Del mismo modo se repite la “elección” de los “hombres de Dios”, tanto de aquellos que sirven de instrumentos de su Justicia, como Nabucodonosor, Asur, Ciro, etc., como de los instrumentos de su Misericordia. Éstos y aquéllos, de acuerdo a su proceder ante Dios, de acuerdo a la misión que han realizado, serán juzgados por Él; no nos corresponde a nosotros ese juicio, sino permanecer vigilantes para conocer lo que nos pide Dios a cada uno.

Cada alma, cada persona, puede encontrarse a sí misma en las Sagradas Escrituras; allí tiene el ejemplo para ser mejor o peor. De acuerdo al uso que dé a su libertad, será la sentencia que recibirá en el juicio Divino, esto es, el juicio particular.

Las naciones, “los pueblos”, serán sentenciados en el juicio final y, de acuerdo al juicio particular, serán clasificadas las almas que forman esos pueblos, según el espíritu que les ha animado. La única criatura que ha sido condenada por Dios es el Inicuo, espíritu egocéntrico, acción reafirmada por el ángel, Lucifer; y las almas que elijan su espíritu, como consecuencia, son condenados con él, es el hombre de Iniquidad. Pero no es que Dios condene a las almas; son ellas mismas las que eligen ese estallo de negación vital, al afirmarse en su yo, su ser natural, rechazando a Dios y oponiéndose al Espíritu Santo,

fuentes de toda Vida. Y así como Dios mirará en todas las almas que se identifiquen con su Espíritu, al Hijo en quien ha puesto todas sus complacencias, mirará también en aquellas que se identifiquen con el espíritu del Mal, al “hijo de perdición”, el inicuo.

El “peregrinar” de todo hombre comienza en la “Prehistoria”, ese estado selvático, cuando no tiene ningún conocimiento de Dios –del Bien ni del Mal– . Cuando conoce el bien y el mal es porque ha empezado a tener conciencia de lo que es bueno o malo para él, conoce a Dios en cierto modo, y puede aceptar o rechazar la tentación: «*Seréis como Dios (dioses, ángeles), conocedores del bien y del mal*»¹, actuando bien o mal, o haciendo juicios propios sobre otros. Es la conciencia moral pero no la moral impuesta por otros que la han hecho ley, sino que es una conciencia natural, que se manifiesta en el interior del hombre dándole a conocer lo que es bueno o malo para sí mismo, de acuerdo a su estado de evolución. Aunque no haya conocido o experimentado a Cristo, la actividad de lo Divino en su ser hu mano, adquiere ante Dios la responsabilidad de sus actos, y de acuerdo a su conducta– a la dirección que dé a su libertad –será asistido por la acción los ángeles del “Bien” ó por la acción de los ángeles del “Mal”.

(pp. 106-110)

EL “BIEN” Y EL “MAL”

Los seres humanos somos “movidos” de acuerdo a la dirección de nuestra libertad; hacia donde se dirija nuestra voluntad, así se inclinará la balanza. La Justicia de Dios dirige la voluntad humana, sometiendo Su Voluntad a la criatura: Voluntad de Permisi3n, pero es la propia libertad la que provoca su acci3n en cada hombre y en el mundo.

Meditemos, pues, en el camino que han recorrido los que van delante de nosotros y saquemos las consecuencias.

El “Pueblo de Dios” parte por “el hombre”, Adán, del Paraíso y debe entrar *por el mismo* “hombre” en Cristo a ese Paraíso donde, *ahora confirmado en gracia*, recibirá al Espíritu Santo que le dará la “semejanza” de Dios. Ese “Paraíso” es la “Mansión de los Justos”, el estado perfecto en Dios.

Cuando la pareja de Dios, Adán y Eva, llegó al “Tiempo”, se encontró con aquellos otros seres que tenían una dosis de racionalidad, a quienes llamaremos también “hombres” (hominoides), los cuales no tenían la inmortalidad del alma, y que eran dirigidos por la acción angélica egocéntrica, espíritu de Inconciencia. Allí comenzó la lucha de los “hijos de Dios” con los hijos de las tinieblas, los hominoides, llamémosles “los hijos de los hombres”, porque el hombre, después que fue elevado al orden sobrenatural, vida eterna, imagen de Dios, recibió un espíritu de luz que lo guiase. Antes sólo le guiaba el espíritu de Tinieblas. No quiere decir que este espíritu de Tinieblas no tenga luz, son ángeles de luz, pero lo que llamamos aquí “luz” es aquello que procede directamente de la Voluntad de Dios, los ángeles fieles que cumplen Su Voluntad; los otros son ángeles rebeldes y están cumpliendo la Voluntad de Dios también, pero en aquello que Él *permite*: son mensajeros de la Permisión de Dios, de acuerdo a Justicia, según la libre elección de las criaturas.

Los llamados “hijos de Dios” son los ángeles fieles y aquellos hombres que son dirigidos por ellos. Los hijos de las Tinieblas son los ángeles que se unieron al ángel Lucifer en su rebeldía.

Después del “pecado original” Dios puso a disposición del hombre, Adán y sus descendientes, dos espíritus (ángeles), uno de “luz” y otro de “tinieblas”; el de luz da a conocer al hombre la *Voluntad* de Dios, el de tinieblas le da a conocer la

Permisión de Dios.

Era la Justicia de Dios con el hombre: éste al desobedecer a su Creador había obedecido a la criatura, por tanto Dios le quitaba su Espíritu Santo y lo entregaba a los ángeles, Recibiría las órdenes de Dios por “ministerio de los ángeles”.

Decimos que la pareja de Dios llegó al “Tiempo” porque Dios, en su Justicia perfectísima le da una oportunidad, un Tiempo para evolucionar en el “conocimiento del bien y del mal”, y pueda reparar su *falta obedeciendo a Dios*, ya que el hombre no conocía al tentador, espíritu del Mal, Satanás, y por tanto no rechaza al Espíritu Santo para recibir a aquél, sino que su pecado consiste en la desobediencia a su Creador.

(pp. 111-112)

ABEL

Abel fue el primer hijo de Adán que fue grato a Dios, y Dios lo elegía por esto como el “primogénito” del hombre, en quien podía apoyarse la justicia de su Amor para continuar Su Obra en “el Tiempo”, aquella que estaba decretada en la eternidad: “el Hombre”: *«Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella»*.

Abel es figura de Jesucristo; el es ante Dios el hijo del hombre. Así comienza Dios a disponer los destinos que Él prepara para su UNIGÉNITO, el Verbo. Ese “hijo del hombre” se va definiendo en todos aquellos que *escuchan la palabra de Dios y la cumplen*; esto es, desde Abel, pasando luego por todos los justos y profetas de Israel – *«De Egipto he llamado a mi hijo»* – , hasta aparecer plenamente definido en “el hombre”, Jesús, quien se “anonada” negándose a sí mismo como “el Hombre”, fruto de la evolución, haciéndose “hijo de

hombre”, “nacido de mujer”²⁷, para llevar a su descendencia a la Unidad, en quien la unión de la Palabra de Dios con el ser humano confiere a éste esa cuarta dimensión insospechable e insondable que lo sumerge en el mismo océano dé lo divino; se hace una sola cosa con “el hijo del hombre” en Jesús, que resulta así PRIMOGÉNITO de Dios.

En estos grabados está recogido el camino recorrido por “el hijo del hombre”²⁸ hasta llegar a ser Hijo de Dios.

Ante los ojos de Dios Padre no existe más que su UNIGÉNITO, el Verbo “hecho carne”, hecho Hombre: Todo ser humano debe recorrer este camino de “el hijo del hombre”, de negación propia, para redimirse de la acción del ángel y ser hijo de Dios identificándose con Jesucristo, el Verbo hecho hombre. Este “hijo del hombre” nace en una situación comparable a la que en otra ocasión llamábamos “Prehistoria”; esta situación perdura por todo el tiempo que el niño no tiene uso de razón ni conocimiento del bien y del mal. Cuando conoce el bien y el mal es cuando comienza el camino a la salida del Jardín de Edén – el Paraíso mismo le está cerrado hasta que se identifique con la actividad de lo Divino en sí mismo, Cristo, y sea redimido por ÉL– .

El Verbo hecho carne, Jesucristo, es quien abre las puertas de ese Paraíso que estaba cerrado para él ser humano, y éste, como “el hijo del hombre”, debe recorrer el mismo camino que recorrió él, hasta identificarse con su Sacrificio por la “muerte propia” -morir a sí mismo, al hombre viejo que dice San Pablo; ese “hombre viejo” es aquel que vive centrado en su yo-ego y se alimenta sólo de los sentidos, instinto y razón-; debe completar en sí mismo lo que falta de la Pasión de Jesucristo: «*Quien quiera venir en pos de mí, NIEGÚESE A SÍ MISMO, tome su cruz cada día y que me siga*». Ese camino que tiene que recorrer “el hijo del hombre” – que es, en un principio, el que le dictan sus capacidades humanas – se va quedando atrás a medida que evoluciona en la conciencia y en

el conocimiento de sí mismo en cuanto su yo y en el conocimiento de Dios en cuanto su Ser, para transformarse recorriendo el camino de In negación propia, que lo llevará a la identificación con la Voluntad de Dios por Cristo, actividad de lo Divino en su ser humano.

Ese camino del “hijo del hombre” es la evolución del ser humano en la conciencia y en el conocimiento del bien y del mal. Desde el momento que definitivamente se decide por Dios, ya no actuará él, sino que dejará actuar a la actividad de lo Divino en sí mismo, al Cristo, Verbo de Dios; es la “palabra viviente” de Dios que lo redime del mal y lo engendra en Sí mismo. Es el caso de Jesús: Efectivamente el Nuevo Testamento³⁰ sabe que Jesús fue tentado y que le costó morir según su naturaleza y voluntad humana. Pero nunca cayó en tentación incurriendo en pecado porque siempre sometió su voluntad humana a la Voluntad Divina, la del Verbo que en él se manifestaba. Ahora en Él, por Él y con Él pueden ser todos vivificados, con tal que *crean* en su Palabra CUMPLIÉNDOLA, pues Él tiene poder para transmitir la vida que ha recibido de Dios, porque es Dios mismo que vive en Él – «*Yo y el Padre somos una sola cosa*» –, y todo el que cree en Él, por Él participa de la misma vida.

(pp. 124-127)

CAÍN

Así como Abel representa al “hijo primogénito de Dios” – la vida sobrenatural del hombre –, Caín representa la vida “natural” del mismo, los sentidos, el instinto y la razón. Los dos, pues, representan ante Dios “el hombre”.

Abel, como representante de la vida sobrenatural, tiene la “primacía” ante Dios, no obstante ser Caín, representante de la vida natural el primero. Son esos “dos pueblos” de que

habla tanto la Escritura ³⁵.

Por Justicia Dios permite que el ángel (Lucifer) pueda dirigirse a Caín. Es más, ahora no sólo por justicia con el ángel caído, sino también por justicia con el hombre caído, pues Caín ha accedido a las demandas del ángel aceptando la tentación. Y por esto es él quien representa ante Dios la vida natural del hombre.

(pp. 128-129)

VIDA NATURAL Y SOBRENATURAL

El alma humana tiene capacidad para vivir en dos niveles distintos.

El primero es ese vivir en el que el alma ejerce todas sus capacidades a un nivel terreno, centrada en sí misma, y de intereses puramente terrenos, impidiendo que esta su vida natural pueda ser algo más que eso. Así entendemos aquí nosotros la “vida natural”.

El segundo es un vivir que al alma le viene de una donación singular de Dios que se infunde en el alma, haciendo ella de Él su centró, Quien la eleva a una condición por encima de su ser natural. Esta donación baña las potencias todas del alma y las eleva a ese nivel más alto. Es lo que llamamos “vida sobrenatural”.

Cuando el hombre se despreocupa totalmente de Dios y renuncia a Él, centrándose en sí mismo, se arrellana en el nivel inferior de su vivir; el alma puede llegar a tal grado de insensibilidad respecto de su verdadero Ser, Dios, que está como confirmada en su vivir natural, porque ella, con su vivir egocéntrico, se ha ofrecido como albergue del mismo Satanás.

En el arca, pues, estaban representadas todas las almas que se salvarían de esa posesión de Satanás, aquellas que llevarían

en sí mismas la “imagen y semejanza de Dios”, por haber obedecido a Su Voluntad, alcanzando ese nivel sobrenatural, aunque esa “representación” no era una garantía para los que seguían a Noé y ni siquiera para Noé. Sólo su fidelidad a la Voluntad Divina era garantía para sus vidas personales.

En los que perecieron por las aguas estaban representadas todas las almas que se perderían, es decir, aquellas que serían albergue del espíritu de iniquidad, Satanás y los suyos, por haber permanecido en su nivel natural, renunciando a la vida sobrenatural que Dios les dio. Tampoco esta representación es definitiva para las personas individualmente, ellos podrían nacer de nuevo para enmendar sus vidas y alcanzar ese estado superior de vida sobrenatural.

No quiere esto decir que en el arca no había mal; el mal, orientación egocéntrica, consecuencia del pecado del ángel, estaba en el hombre, los animales. y todas las cosas que habían entrado en el arca con Noé y en la naturaleza entera.

Ahora iba a tener comienzo la segunda etapa del primer tiempo de “los Tiempos”, que la Justicia Divina daba a la humanidad para evolucionar en el conocimiento del bien y del mal, y luego alcanzar el conocimiento de la vida natural, orientación a sí mismo, para elegir libre y conscientemente quedarse en esta orientación egocéntrica o aceptar la orientación a Dios como su verdadero centro, vida sobrenatural: preferir a la criatura o al Creador.

(pp. 150-151)

UN SALTO EN EL VACÍO

Cuando Dios manda a Abraham a salir de Jarán, su tierra, no le dice que le conducirá a Canán: «*Salte de tu tierra... para la tierra que yo te indicaré*». Primero, el hombre debe dejar lo que es para él una realidad tangible: “su tierra”, “su parente-

la”, “la casa de su padre”. Pero no es que deja todo esto para ir a otro lugar cualquiera, algo concreto. No, lo deja TODO para lanzarse en el vacío... Esto es no tener donde reclinar su cabeza, pues ese lugar hacia donde se dirige no puede buscarlo con la razón, lo hallará en cada paso que dé su fe. *«Las raposas tienen: cuevas, y las aves del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza».*

(pp. 183)

SODOMA Y GOMORRA

Sodoma y Gomorra representan ante la Justicia Divina el mundo del cual dijo Jesús: *«No ruego por el mundo»*; ese “mundo” lo componen los seres humanos que han *orientado* su libertad al “espíritu del mundo” y han afirmado su voluntad en el “Mal”, eligiendo a la criatura en oposición al Creador; son los seres humanos que se han afirmado en su vida natural por haber rechazado la vida divina que se les había dado; son aquellos que proceden “muy razonablemente”, previsores del mañana y que pretenden hacer de este mundo “su paraíso terrenal”; aunque sus obras no tengan la “apariencia” de las de los corruptores de Sodoma y Gomorra, pero son ellos los que prolongan el reino de éstos por su vida carente de fe, y de este modo fomentan la corrupción, cooperando con el “espíritu del mundo” y no con el Espíritu Santo, Dios,

Los corruptores de Sodoma y Gomorra fueron aquellos pueblos que mandó a exterminar Yavé y que habitaban las tierras de Canán; el cananeo, el jebuseo, el jeteo, el fereceo, etc.; éstos representan a los hombres y mujeres que serán confirmados en el egocentrismo, espíritu de iniquidad. Son ellos los que han aceptado la *raíz de* las consecuencias del pecado del ángel, los siete pecados capitales: soberbia, ira,

gula, envidia, pereza, avaricia y lujuria. Ellos también deben, por Justicia, “evolucionar”, de acuerdo a su elección permaneciendo en el nivel más bajo del hombre, afirmados en su ser natural, adheridos a la materia. Ellos, por Justicia Divina, han de llegar a la consumación de sus pecados hasta dar el “fruto” de la raíz que han aceptado; ese fruto es el “hombre de iniquidad”, aquél a quien *«el Señor, Jesús, matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la MANIFESTACIÓN de su venida»*.

(218-219)

EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD

Para Dios el tiempo nuestro es aquel que Su Justicia ha dado al hombre para su evolución, y éste es contado en tres tiempos, de acuerdo a la evolución del hombre: cuerpo, alma y espíritu. Primero evoluciona el cuerpo (vida natural), luego el alma (vida sobrenatural), que sería cuando el hombre puede vivir de la fe; y por último, el tercer tiempo es la elección del espíritu. Es cuando realmente el ser humano se conoce a sí mismo, su “yo”, y conoce a Dios, su Ser; la nada y el Todo – ha conocido el “Bien” y el “Mal” – para ser confirmado en aquel que elija. El cuarto “Tiempo” es ya la entrada al “Paraiso”; ya no es “tiempo”, sino eternidad.

(p.260)

LA RAZÓN Y LA FE

Pedro es el hombre de la razón, su fe es racional, y la razón incita a la duda y la duda al temor. Pedro, viendo el viento fuerte razonó, temió y comenzó a hundirse, entonces pide auxilio a Jesús: *«Señor, sálvame»*. Y Jesús le dice: *«Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»*.

La razón cuando no está sometida a la fe, sino lo contrario,

se convierte en soberbia. El hombre se cree conocedor de lo que es mejor en el camino de la fe y sin darse cuenta va contra la Voluntad de Dios. Cuando Jesús le dice a Pedro que debe ir a Jerusalén, donde le buscaban para matarle, a Pedro le parece muy razonable que el Señor no deba ir porque sería exponer su vida. Y Jesús le dice que está dirigido por Satanás porque no siente las cosas de Dios sino las de los hombres. Y Satanás sigue tentando a Pedro. Cuando en el Huerto de los Olivos vienen a prender a Jesús, Pedro, para defenderlo, saca la espada y hiere a un siervo del Pontífice cortándole la oreja. Y Jesús dice a Pedro: *«Vuelve tu espada a su lugar, pues quien toma la espada, a espada morirá. ¿O crees que no puedo rogar a mi Padre, quien pondría a mi disposición al punto más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo van a cumplirse las Escrituras de que así conviene que sea?»*. Y curó la oreja del siervo. Y a Pedro todavía le parece que debe seguir a Jesús para poderlo defender de sus enemigos. Él ama a su Maestro y quiere salvar la vida de Jesús a toda costa; sigue sintiendo las cosas de los hombres y no las de Dios, oponiéndose de este modo a la Justicia del Padre, pues era necesario que se cumpliera toda Justicia, de acuerdo a la elección del pueblo a quien Cristo, en el hombre Jesús, venía a redimir del pecado original y tenía que hacerlo en el cuerpo humano de Jesús. Pedro había visto en Jesús al Cristo: *«Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo»*, pero a fuerza de sentir más las cosas de los hombres y no las de Dios, se olvidó de Cristo y se quedó con Jesús, cumpliéndose así la profecía de Jesús: *«Antes que el gallo cante hoy me negarás tres veces»*;

Nuestra fe no será totalmente pura hasta que no hayamos muerto a nuestras tendencias humanistas para dar la primacía a Dios, a Su Divina Voluntad; y mientras exista en nosotros el egoísmo, la orientación al yo, prevalecerá lo humano en nosotros. Sólo Jesús vivió esta radicalidad en el cumplimiento de la Voluntad del Padre, porque había muerto a sí mismo, y por eso el Verbo, el Cristo vivo en él, podía decir: Quien ama

al padre, a la madre, el esposo, la esposa, los hijos, etc. más que a Mí, no es digno de Mí.

(PP. 548-549)

LA CRUZ

La “cruz” consiste en esa negación de sí mismo para cumplir la palabra de Dios, pero esto es sólo la realidad “vertical”, la cual se convierte en gozo cuando se recibe la luz de Espíritu que le hace ver al hombre por Quien él se niega – el Creador – y la pequeñez que él es – la criatura –; la parte “horizontal”, que constituye en “cruz” el camino hacia Dios, consiste en que la Palabra de Dios ha sido y es rechazada por “el espíritu egocéntrico del mundo”, y todo el que reciba esa “palabra viviente” será signo de contradicción para el mundo en el cual vive, y piedra de escándalo y tropiezo para los que aman el mundo, y el espíritu del mundo le perseguirá y le matará en cualquier forma. Pero los que no son del mundo, vivirán de aquella muerte, porque Dios escuchará la “voz de la sangre” de aquel que muere por la Palabra y hará que ésta, la Palabra, sea recibida por ellos, como Saulo, que se convirtió después del martirio de Esteban, en el cual él mismo había participado.

(pp. 559-560)

MARÍA

«Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción, y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones».

Mientras está actuando la “palabra viviente” de Dios en el mundo, se están descubriendo los pensamientos de muchos corazones, en tanto la espada anunciada por Simeón está

atravesando él alma de María.

¿Cómo la espada de Simeón está atravesando el alma de María si ella está en el cielo? En este sentido “María” es toda alma que recibe en su corazón la “palabra viviente” de Dios, y esa alma sentirá el dolor de la Madre como una espada que le hiere profundamente cuando se da cuenta de lo que hacen los hombres con “el Hijo”, la palabra de Dios que el alma ha “concebido” en su corazón por una fe viva y operante. Si no siente ese dolor que la lleve a ofrecer su vida por la Palabra ultrajada, es porque todavía no “vive” en ella la Palabra, el Verbo de Dios; no ha “concebido” la “nueva vida” de Dios en Cristo.

María llevaba en su corazón la Palabra de su Hijo; ella ha ascendido a los cielos, pero la realidad divina de su Corazón, “arca viva” de Dios, ha quedado en la tierra y se “manifestará” al final de los tiempos, *«cuando Dios vuelva a congregar a su pueblo y tenga de él misericordia»*; entonces la espada anunciada por Simeón habrá tenido cabal cumplimiento. Ese “Corazón de María” que ha quedado en la tierra no es el corazón de carne, el cual forma parte del cuerpo humano y puede ser localizado y transplantado por el hombre, sino que es una realidad espiritual – imperceptible a los ojos de la razón– que concibe *la vida* de la palabra divina hasta tomar “forma” para “nacer” en obras. Esto sería el “eterno femenino” que existe en Dios, de donde nacen las obras de Su Voluntad. Ese “Corazón Inmaculado” que se manifestó en María, y está representado o “figurado” en el arca de la alianza, es una “realidad divina” (espiritual) desconocida por los hombres y que no será conocida por ellos hasta que Dios vuelva a congregar a su pueblo y sean quitados todos los velos del alma.

(pp. 560-561)

.....

María, siendo libre, se hizo esclava de Dios, su Señor, para

cumplir sólo Su Voluntad. El ser madre del I lijo de Dios es una consecuencia de su fidelidad a la Voluntad del Padre; aquel hijo no venía de la voluntad de la criatura, sino de la Voluntad del Creador; en su carne no había, pues, ninguna contaminación con el pecado, espíritu del mal. No de la sangre, ni tic la voluntad carnal, ni de la voluntad de hombre, sino del mismo Dios es nacido. Así el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

María no se diferencia del resto de la humanidad en su alma, todas las almas tienen la “imagen” de Dios; la diferencia está en su espíritu, por la dirección de su voluntad, que, permaneciendo en Dios, no perdió la “ semejanza ” de Él como la perdieron las demás almas aceptando la acción egocéntrica del espíritu del mal, por la desobediencia a la Voluntad de Dios.

Ahora podemos comprender la distancia que existe entre María y el resto de la humanidad. Ahora podemos comprender también por qué la Iglesia ha conservado a través de casi dos mil años esa “ distancia ” entre nosotros y ella que choca a muchos y ha sido motivo de diferencias entre los mismos cristianos. Era necesaria esa “ distancia ” para “ poder ver el camino que debíamos de seguir, pues no hemos pasado nunca por él ”: *«He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra»*. *«Yo soy el camino»*: *«Mi comida es hacer la Voluntad de Aquel que me envió»*,

«Os pondréis en marcha tras ella, pero dejando entre vosotros y ella una distancia de dos mil codos, sino acercaros a ella, pura que podáis ver el camino que habéis de seguir, pues no habéis pasado nunca por él».

María es, además, Madre de la Iglesia que vino a edificar Cristo, Madre de todos los seres humanos que negándose a sí mismos, se esfuerzan por identificarse con la Voluntad Divina.

«Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba,

que estaba allí, dijo ala Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa».

(pp. 623-624)

EL HOMBRE DE INIQUIDAD

Los hombres que han elegido a la criatura, el humanismo, quedándose en su vida natural, realizarán todo cuanto se han propuesto, pero no hallarán jamás la felicidad ni la paz interior. Lograrán, sí, una paz material ficticia, basada en el equilibrio de intereses humanos, pero esto será para consumir su iniquidad. Cuanto más avancen en el conocimiento y la posesión de las fuerzas psíquicas de su naturaleza, las cuales les están siendo sometidas por Dios para que consumen su obra, más oprimidos se sentirán por esas mismas obras que realizan. Y un invento creará la necesidad de otro invento, un poder la necesidad de otro poder, y así sin llegar jamás a la saciedad de sus ambiciones, que serán cada vez mayores hasta llegar a la desesperación. Cuando el hombre haya vencido a la muerte corporal (haciendo inmortal su cuerpo), es porque ha llegado el momento de su condenación; entonces deseará morir y no le será dado, pues el espíritu que ha aceptado ha sido condenado en su cuerpo y aquél no puede morir en el sentido de la muerte corporal. Es al espíritu a quien se condena en la carne; y “la carne”, la vida natural del hombre – pues la vida divina (sobrenatural), imagen del Verbo, le habrá sido quitada con Aquel que rechazó, el Espíritu Santo, esa Vida le sostiene pero no le penetra –, es condenada con el espíritu de iniquidad. Es la perfecta justicia de Dios con sus criaturas libres, ángel y hombre, dando a cada uno lo que eligió: en este caso, quedarse en sí mismo.

Para las almas que todavía no se hayan decidido por “la

criatura” con olvido del Creador, es la llamada que vemos en el Grabado al margen izquierdo, debajo de la línea de fuego, circundado por un cordón rojo:

«...salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor; y no toquéis cosa inmunda, y yo os acogeré y seré vuestro Padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso».

Las siete cabezas de la Bestia indican la plenitud del espíritu de iniquidad y la desarmonía que existe en su “cuerpo”, su reino, reino de confusión, porque es la acción egocéntrica, espíritu de disgregación, y cada uno quiere estar por encima del otro y así se manifiesta este espíritu en los hombres de quienes toma posesión.

La cabeza principal, que se apoya en un cuerpo de hombre, significa el poder civil y eclesiástico – pues tendrá su iglesia y “se sentará en el lugar santo”, “el templo de Dios”, como dice San Pablo –, el cual se manifestará con apariencia de bondad apoyado en la “letra” de la palabra de Dios, pero no en el Espíritu; un lobo con piel de cordero.

El cuerpo representa el “hombre de iniquidad”, encarnación de la acción angélica egocéntrica, reactivada por los seres humanos, la “ciencia del bien y del mal”: el “espíritu del mundo”, manifestándose en el ser humano que creará e implantará un sistema humanista-egocéntrico mundial, apoyado en los valores naturales humanos.

(PP. 696-697)

LA CONSUMACIÓN DE LOS TIEMPOS

Pues preciso es que Él reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo destruido será la muerte, pues ha puesto todas las cosas bajo sus pies».

Es lo que hemos anunciado en el Grabado n° 12, “La consumación de los tiempos”; la muerte será vencida por el AMOR en el hombre que resucita en gloria; y será vencida por el PODER en el hombre que resucita en ignominia. Esto, que se refiere ante todo a los seres humanos, tiene aplicación del mismo modo en el mundo sensible creado: la “vida natural” del mundo, “alma y espíritu de la tierra”, emergerá liberándose con los hijos de Dios para establecerse con ellos en Dios, y quedará sólo el cascarón de toda obra realizada por los seres humanos en cooperación con la acción egocéntrica de los ángeles, Satanás: será como la crisálida cuando la Vida que albergaba, la mariposa, alza su vuelo. El mundo será como un huevo al que se le ha extraído todo su contenido Con una jeringa y queda solamente el cascarón huero. Ése será el infierno para los seres humanos que han elegido la criatura con olvido del Creador; quedarán encerrados como Satanás en sus propias obras, atormentados eternamente por el conocimiento perfecto del bien que han rechazado y no pueden gozar, y del Mal que han aceptado y les atormenta. Es el *«estanque que arde con fuego y azufre (así arderán sus pasiones), que es la segunda muerte»*.

«Cuando dice que todas las cosas están sometidas, es evidente que se exceptúa a aquel que sometió todas las cosas; más bien, cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo – el Unigénito hecho hombre, el Hombre Total: todas las almas en Cristo y con Cristo – se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, para que Dios lo sea todo en todas las cosas».

Dios estará en todas las almas y en todas las cosas. Y además “manifiesto” entre los hombres. Dios, el Ser que “ES”, estará presente y actuando en la Naturaleza Humana, el Hombre Total. Ése es Su Templo; y para esto ha sido creado “el hombre”, “macho y hembra” (la Naturaleza Humana) como dice la Escritura, y aunque serán muchas almas, todas tendrán una única conciencia, la conciencia de su Ser, el

Único que “ES”. En cada alma se manifestará una característica única e inconfundible del Ser que “ES” y se manifestará entre los hombres, entre aquellas almas, seres humanos, que no llegaron a identificarse con la Unidad de su Ser, el Hombre Total. Él es el “tabernáculo de Dios entre los hombres”, el santuario no hecho por mano de hombre, creado por el mismo Dios con todas las almas que tienen su imagen y semejanza, piedras vivas de la Nueva Jerusalén.

El mismo Espíritu os comunicará las cosas venideras que no están escritas en este libro y dará a conocer perfectamente la verdad completa, sin las limitaciones de que aquí pueda adolecer.

Bienaventurado el que espere en la fe hasta ese día..

«*Vi un cielo nuevo y una tierra nueva...*» (Ap 21 y 22)

(pp. 738-740)